

Yanira Zúñiga  
Añazco

# Nunca más sin nosotras

Por qué es necesaria una  
constitución feminista

PAIDÓS



## La revuelta de las voces silenciadas

La historia de las luchas de las mujeres por sus derechos ha sido una historia silenciada. Sus éxitos y sus fracasos, las enormes y variadas dificultades que han debido enfrentar y las estrategias elaboradas para sortearlas son, en general, desconocidas. Sus protagonistas –ideólogas y ejecutoras– habitan ese espacio de la memoria social reservado a las figuras espectrales, esas que sabemos que han tenido una existencia material, pero cuyas siluetas y obras no somos capaces de identificar. El feminismo, ese hilo que ha enhebrado las luchas de distintas generaciones de mujeres en diversos territorios, pese a haberse erigido como el movimiento social más dinámico y expansivo del siglo XX, sigue siendo para muchas personas un concepto y una historia encriptada, o simplemente una caricatura.

Las luchas de las mujeres se han hecho un lugar protagónico en los movimientos sociales pese a que (o más precisamente debido a que) ellas no han logrado alcanzar hasta ahora un sitio en la producción de las ideas hegemónicas. Dicho de otro modo, no han logrado permear esa zona que modula la comprensión de la realidad, a través de la cual interpretamos el mundo, lo

evaluamos moral y políticamente; y fijamos sus horizontes de cambio.

Sin exagerar, puede decirse que la historia de los hechos y de los conceptos de la humanidad ha sido escrita por y para hombres. El feminismo es un esfuerzo no solo por contar la historia de las mujeres, sino por componer la historia de nuestro mundo, desde los ojos y vivencias femeninas. Como tal, sin ser un ejercicio solipsista (es decir, el feminismo no supone que lo único que existe es aquello que las mujeres logran percibir), ha venido a ofrecernos una manera distinta y más completa de ver los acontecimientos y procesos humanos, corrigiendo un verdadero punto ciego, un sesgo que ha recorrido, como una gran y larga grieta, nuestra evolución.

En efecto, la retícula con la que habitualmente veníamos mirando el mundo estaba hecha de un lente y de un material masculino. Las mujeres habían estado al margen de todos los eventos, grandes y pequeños, que han configurado la vida humana por siglos. Sin embargo, han tenido una enorme dificultad para dejar su huella. Esta dificultad no ha sido coyuntural sino crónica. No solo emana de un hecho indesmentible: en todas las sociedades las mujeres han carecido por mucho tiempo de oportunidades relativamente similares a las de los varones para desplegar sus talentos. Así, por ejemplo, la educación y una gama amplia de libertades (trabajar fuera de casa sin el permiso de sus maridos, poder dis-

poner de sus bienes libremente, entre otras) les han sido vedadas hasta tiempos relativamente recientes. Proviene, sobre todo, de una condición que permanece constante. Nuestra idea de lo valioso está “generizada”, es decir, remite a aquellas tareas, actividades o esferas en donde han predominado los hombres y, por extensión, una cultura masculina.

Basta mirar atentamente la realidad que vivimos para notarlo. ¡Cuántas jornadas laborales o políticas se han suspendido, de buena gana, por un partido de fútbol mientras a las mujeres les sigue costando que cualquier actividad relacionada con el cuidado (una hora al pediatra, una reunión escolar, entre otras) sea considerada una excusa suficiente para abandonar sus trabajos! El significado de ese patrón de conducta, a menudo tratado como un anecdotario, ha sido puesto de relieve de manera magistral por Mafalda, la niña deslenguada de una tira cómica creada por el dibujante argentino Quino. Mafalda es crítica de la injusticia que destila el predominio de lo masculino en todas las esferas de la vida. “Lo malo de la gran familia humana es que todos quieren ser el padre”, fustiga; mirando a su madre fregar el piso, reflexiona: “Lo malo es que la mujer en vez de jugar un papel ha jugado un trapo en la historia de la humanidad”.

En *Un cuarto propio*, ensayo escrito en 1929, la escritora inglesa Virginia Woolf planteaba también el problema del predominio masculino

en la producción de conocimiento. No sin cierta sorna, ella relata el periplo imaginario de alguien que se impone la tarea de buscar en una biblioteca lo que se ha escrito sobre las mujeres. El resultado de esa exploración deviene sorpresivo: en contra de su expectativa, en la biblioteca hay una abundancia de libros sobre las mujeres, del más amplio espectro de géneros discursivos (filosofía, ciencia, literatura, prensa, parodia, etc.). Sin embargo, la mayor parte de esos libros, lejos de ser autobiografías colectivas, es decir, textos escritos por mujeres para contar sus historias o experiencias, han sido escritos, en cambio, por hombres. Hombres de diversos tipos, ideas y origen (catedráticos, maestros de escuela, sociólogos, sacerdotes, novelistas, ensayistas, periodistas, etc.) cuya única calificación para abordar con propiedad la experiencia femenina sería el simple hecho “de no ser mujeres”, dice Woolf.

A través de esa ficticia exploración historiográfica, la autora desnuda una constante: siglos de conocimiento sobre las mujeres han estado basados únicamente en la mirada masculina. El retrato de las mujeres que nos ofrecen los libros es, entonces, un reflejo pálido, distorsionado e interesado de la femineidad. Como destaca la creadora de *Mrs. Dalloway*, los hombres han constituido a las mujeres en un negativo de sí mismos, un “espejo dotado del mágico y delicioso poder de reflejar una silueta del hombre de tamaño doble del natural”.

Con una agudeza intelectual que desafía el estereotipo que había primado hasta ese momento sobre la falta de inteligencia de las mujeres, Woolf nos introduce en uno de los problemas centrales de la teoría feminista contemporánea: ¿en qué reside el sesgo de género? ¿Cómo se ha infiltrado en sociedades teóricamente comprometidas con la igualdad? O, en sus propias palabras, ¿por qué hemos considerado más necesario el trabajo de un repartidor de carbón que el de la niñera? ¿En qué sentido podría ser menos útil al mundo la mujer de limpieza que ha criado ocho niños que el abogado que ha hecho cien mil libras? Estas preguntas contienen una crítica (conceptual, moral y política) que solo será abordada con suficiente calado décadas después, cuando las teóricas feministas empiezan a descifrar la intrincada red de significados (prejuicios, percepciones, estereotipos) y estructuras que se entretajan para producir y retroalimentar la desigualdad de género.

Hasta la segunda mitad del siglo XX, la mayor parte del pensamiento contemporáneo prácticamente no consideraba anómalo que los hombres hubieran sido ungidos en todos los espacios de la vida social como verdaderos ventrílocuos de las mujeres. Mucho menos reparaba en la sobreestimación de lo masculino y la correlativa desvaloración de lo femenino. Si se llegaba a identificar la primacía de lo masculino en la vida social, simplemente se la justificaba sobre la base de las

(supuestas) mayores habilidades naturales masculinas. Los hombres estaban dotados de mayor fuerza, mayor racionalidad, mayor integridad moral y un largo etcétera. Pese a la fermentación y explosión de las consignas sobre libertad e igualdad, recogidas por las revoluciones francesa y norteamericana, el patrón de relaciones asimétricas entre hombres y mujeres no solo no había generado un espontáneo rechazo, sino que fue reforzado por el pensamiento racionalista que dominó desde el siglo XVIII en adelante. El verdadero titular de los derechos humanos, surgidos tras esas revoluciones, no era cualquier persona, tal como consignaba la declaración francesa; era el hombre quien, a la vez, era concebido como el ciudadano por definición. De hecho, el contractualismo ilustrado, la ciencia, la literatura y la medicina del siglo XIX, entre otras disciplinas, suministraron una constelación de argumentos, de diverso tipo, para justificar la desigualdad entre hombres y mujeres.

Ejemplos hay por montones. Así, en *Emilio*, Jean Jacques Rousseau –quien ha pasado a la historia de las ideas por su obra *El contrato social*– ofrecía un compendio de orientaciones para educar a niños y niñas. La educación de ellas –afirmaba Rousseau– “siempre debe de ser relativa a los hombres, agradarnos, sernos de utilidad, hacernos amarlas y estimarlas, educarnos cuando somos jóvenes y cuidarlos cuando somos adultos, aconsejarnos, consolarnos, hacer

nuestras vidas fáciles y agradables”. En *El origen del hombre y la selección en relación con el sexo*, escrito en 1871, Charles Darwin señalaba que “la diferencia fundamental entre las facultades intelectuales de ambos sexos resulta sobradamente probada por los resultados obtenidos, siempre superiores en los hombres que en las mujeres, sea cual sea la dedicación de que se trate, ya se requiera sagacidad, razón, imaginación o el mero uso de los sentidos y de las manos”. El filósofo, teólogo y escritor danés, Søren Kierkegaard (1813-1855), en *Diario de un seductor*, retomaba la imagen religiosa de la costilla de Adán para justificar la inferioridad femenina. “Se explica fácilmente por qué Dios, cuando creó a Eva, dejó caer sobre Adán un sueño profundo, pues la mujer es el sueño del hombre. También se deduce de este ejemplo que está en la naturaleza de la mujer existir para los demás. Se dice que Jehová sacó a la mujer de la costilla del hombre. Si, por ejemplo, la hubiese sacado de la cabeza del hombre, la mujer seguiría existiendo para otro ser; pero no era destino que ella tuviese que ser una quimera, sino algo distinto”. La medicina del siglo XIX, que desplazó del arte de sanar a las mujeres, difundirá diversas teorías sobre los genitales y el placer femenino. El clítoris fue erigido como una fuente de baja moral y que las mujeres “buenas” carecían de sensaciones sexuales.

Los varones, consciente o inconscientemente, habían constituido una fraternidad, es decir, una

fraternidad que defiende la supremacía del propio grupo a través del monopolio del conocimiento. Una trenza de interpretaciones sobre la “naturaleza inferior” femenina poblaron las bibliotecas, presentándose como verdades irrefutables cuyo común denominador fue atribuirles a las mujeres una serie de defectos “naturales” (fragilidad, emocionalidad, irracionalidad, estupidéz, volubilidad, etc.).

Desde luego, hubo voces y acciones femeninas que se alzaron contra estas interpretaciones. Unas fueron desoídas y otras castigadas, como le ocurrió a Olympe de Gouges, autora de la *Declaración de derechos de la mujer y la ciudadana* (1791), quien fue guillotizada; o a las sufragistas inglesas, habitualmente golpeadas y encarceladas.

Pero no toda la estrategia para someter a las mujeres ha operado a través de la violencia o la amenaza de ella. Como lo advirtió tempranamente Mary Wollstonecraft en *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), la adulación se volvió una táctica central para mantener la primacía masculina. “Exaltadas por su inferioridad (parece una contradicción), [las mujeres] demandan constantemente homenaje como mujeres, aunque la experiencia debía enseñarles que los hombres que se precian de conceder este respeto arbitrario e insolente al sexo con la exactitud más escrupulosa son los más inclinados a tiranizarlos y a despreciar la misma debilidad que animan”, alertaba Wollstonecraft.

Las palabras de la autora inglesa fueron premonitorias, anticipando uno de los resortes centrales del funcionamiento de lo que luego se llamará el sistema sexo-género. En efecto, a diferencia de la violencia, cuyo uso es cada vez menos tolerado socialmente, las alabanzas a las cualidades femeninas destinadas a transformar las cargas de las mujeres en ventajas o privilegios siguen intactas y se han multiplicado. En la segunda mitad del siglo XX, esta clase de tácticas serán bautizadas por el psicólogo mexicano Luis Bonino como “micromachismos”. Esta expresión designa un grupo de actitudes de dominación “suave”, larvadas, insidiosas, casi imperceptibles que, realizadas bajo la forma de trucos, trampas y manipulaciones, muchos hombres realizan reiteradamente. Si bien es común que tras estas actitudes no se oculte una intención deliberada de someter o degradar a las mujeres (madres, hermanas, cónyuges, novias, compañeras o amigas), es evidente que la mayoría de los varones tiene incentivos, aunque sean inconscientes, para desplegarlas porque les resultan beneficiosas. A través de ellas, pueden liberarse de funciones o tareas cuya ejecución consideran tediosa, desagradable o improductiva y, en contrapartida, pueden ocuparse de otras actividades o tareas que sí disfrutaban, consideran valiosas o por las que reciben una mayor recompensa social o material.

Dentro de una cultura masculina que se viene traspasando de generación en generación, los

micromachismos se han vuelto extremadamente “democráticos”. Proliferan de capitán a paje, pueblan distintos espacios y capas sociales, colonizando, incluso, los patrones de conductas de los hombres que se declaran feministas. Estas prácticas han encubierto una realidad menos amable: la explotación del trabajo femenino. Por siglos, los mensajes lisonjeros les han susurrado al oído a las mujeres que sus habilidades naturales para cuidar a otros (niños/as, ancianos/as y personas con discapacidad) son incomparables; que de su natural disposición y abnegación para realizar actividades domésticas depende el adecuado equilibrio social. Las mujeres han sido unidas como “reinas de los hogares” justamente para que no pudieran reinar en otros espacios y para que los hombres pudieran liberarse de actividades que han aprendido a desdeñar desde pequeños para, así, ocuparse de los “asuntos verdaderamente importantes”.

Hasta hace pocas décadas, estas estrategias permanecían en la más absoluta invisibilidad e impunidad, aun cuando, miradas bien, sean bastante esperpénticas. Así, por ejemplo, en una entrevista concedida en 1980 por Sebastián Piñera (a la sazón gerente del Banco de Talca), este declaraba con total desparpajo lo siguiente: “No sirvo para nada dentro de una casa: no sé cortar el pasto, jamás he tratado de cocinar por miedo al incendio, las camas se asustan cuando me ven... Aprendí a mudar cuando nacieron mis hi-

jas, pero nunca he salido de la ‘teoría’. En resumen, si yo llevara la casa, mi familia sufriría desnutrición, frío y males mayores...”. Como puede observarse, en el discurso de quien sería el futuro presidente de Chile, tareas como cocinar, hacer las camas, mudar pañales aparecían revestidas de una extrema complejidad. Sin embargo, no parece verosímil que “gestionar una casa” sea tanto más complejo que dirigir un banco o gobernar un país.

La reciente pandemia ha develado la buena salud de los micromachismos y su transversalidad y arraigo; pero, al mismo tiempo, ha favorecido su cuestionamiento público. Todas las cifras, en Chile y en el mundo, muestran que, a pesar de que los hombres han debido confinarse en los hogares como las mujeres, se las han arreglado para eludir las labores domésticas. En un estudio realizado en 2020 por Fundación SOL, denominado “No es amor, es trabajo no pagado”, se logró establecer que en una semana las mujeres chilenas destinaron en promedio 41,5 horas al trabajo no remunerado, mientras que los hombres solo ocuparon en ello 19,17 horas. Es decir, las mujeres chilenas trabajaron más del doble que los varones durante la primera parte de la pandemia. Cifras de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sugieren que a nivel global la brecha sería aun mayor. Los efectos de este incremento de las jornadas de trabajo de las mujeres en sus hogares dejarán una huella difícil

de borrar en diversas esferas y desempeños. Un par de ejemplos pueden servir para aquilatar los profundos efectos materiales que tienen estas estrategias y cómo perjudican a distintos tipos de mujeres. Por un lado, la inserción laboral femenina en América Latina ha retrocedido en, al menos, una década, porque las mujeres están buscando menos trabajos fuera del hogar que los hombres. Por el otro, la producción de artículos científicos por parte de académicas e investigadoras (mujeres supuestamente privilegiadas) ha caído drásticamente durante la pandemia, afectando irreversiblemente sus posibilidades de promoción profesional en el futuro.

Todo ello ha hecho saltar las alarmas. Recurriendo a las redes sociales, organizaciones internacionales y ONGs feministas han implementado iniciativas para visibilizar y cuestionar estos micromachismos. Así, en la cresta de la pandemia, campañas como “#YoMeOcupó” –ideada a partir de una alianza entre la Unión Europea y ONU Mujeres– y “Dedus Crespus”, elaborada por ComunidadMujer, difundieron sendos videos que mostraban con sarcasmo la frecuencia de estas maniobras masculinas.

Por supuesto, antes como ahora, ha habido hombres que observaron y denunciaron la injusticia del trato recibido por las mujeres. Esos hombres pueden ser considerados, como se acostumbra a decir hoy, aliados del feminismo. Desde el punto de vista de su influencia en la configuración

de los albores del pensamiento feminista, vale la pena mencionar dos figuras. François Poullain de la Barre, filósofo y sacerdote francés, publicó, en 1673, *De la igualdad de los dos sexos*, ensayo en el que sostiene, en contra de la creencia dominante de la época, que la desigualdad entre hombres y mujeres descansa en prejuicios sociales y no en la naturaleza. Casi dos siglos más tarde, el filósofo inglés John Stuart Mill publicó *La sujeción de la mujer* (1869). En este libro calificó la situación de la mujer como una forma de esclavitud, criticando las limitaciones que las afectaban para disponer de sus propios bienes, participar en las decisiones relativas a la crianza de sus hijos, así como el doble rasero aplicado a hombres y mujeres respecto de su comportamiento sexual. Con una honestidad infrecuente para la época, Mill reconoció públicamente que los privilegios masculinos afectaban la imparcialidad masculina para juzgar el mundo (“Los varones no podemos ser en este asunto juez y parte”, afirmaba) e hizo carne esta autocrítica tanto en su vida conyugal como en su trayectoria como político. En las páginas del libro que se transformaría a poco andar en la biblia mundial del sufragismo, John Stuart Mill reconoció la gran influencia en su pensamiento de Harriet Miller, quien fuera su compañera y cónyuge, fallecida años antes de la publicación de ese texto.

Las reverberaciones de estas primeras ideas, palabras, obras y acciones han permanecido en

el tiempo hilvanando las rebeldías tejidas por generaciones de mujeres en hogares, calles y fábricas a lo largo de siglos. Al calor de las promesas de libertad e igualdad para todas las personas, popularizadas por la Ilustración, emergió el feminismo como un hijo rebelde. Crecerá con las luchas antiesclavistas y las movilizaciones sufragistas del siglo XIX, alimentándose de otros pensamientos críticos (de hecho, la afinidad del feminismo con las teorías contra la opresión esclavista y obrera fue inmediata). Con el tiempo, se desencadenarán escalonadamente nuevas reflexiones, prácticas y repertorios de protesta que lo harán madurar en el siglo XX. Su época de esplendor estaba por llegar.